

Don Tacho, el enganchador, una memoria de relaciones interétnicas en los Altos de Chiapas*

Jan Rus

Departamento de Antropología
Universidad de California, Riverside

1.

Desde los primeros años del siglo veinte hasta el colapso de la contratación de indígenas de Los Altos para la pizca de café en la década de 1980, la primera escala para la mayoría de los tzotziles camino a las fincas cafetaleras de Chiapas fue la oficina de un enganchador —o contratista de mano de obra— en San Cristóbal de Las Casas. Las páginas que siguen describen un encuentro cualquiera entre estos trabajadores y uno de los más productivos enganchadores, don Anastasio Trujillo, en la primavera de 1975. Aunque la base de datos es modesta: mis notas y las cintas grabadas de una sola sesión de contratación, más una breve explicación del material grabado tanto por el contratista como por unos amigos tzotziles, éstos, sin embargo, nos proporcionan ejemplos concretos de la forma en que muchos ladinos trataban a sus "clientes" indígenas. A la vez, nos entreabren otro Chiapas, aquél habitado por los tzotziles.

En la época en que hice estas grabaciones, empezaba un estudio sociolingüístico de la manera en que los indios y ladinos se hablaban; es decir, del ceremonial por medio del cual cada uno expresaba en la vida cotidiana las desigualdades y la jerarquía de la vida en Los Altos de Chiapas. Me parecía entonces, y me sigue pareciendo hoy, que las interacciones entre los trabajadores indígenas rumbo a las fincas y los enganchadores ladinos son un lugar privilegiado para observar estos rituales. Eran encuentros intensos en los cuales las dos partes tenían intereses económicos importantes que salvaguardar. Por lo tanto, ninguna de las dos podía echarse para atrás fácilmente. Sin embargo, estas interacciones no eran —ni son— únicas. Aun hoy en día, con todos los cambios de los últimos

* [Traducción del inglés: Caridad Inda y el autor]

veinte años, se puede observar encuentros, que difieren sólo en grado, en los bancos, los hospitales y clínicas, las tiendas y oficinas gubernamentales de San Cristóbal, de hecho, en cualquier situación de roce entre indígenas y ladinos.

2.

Para el año 1975, Anastasio Trujillo, "don Tacho," ya estaba trabajando como enganchador para varias fincas cafetaleras, de dueños alemanes por más de treintaicinco años. Nativo de una región predominantemente indígena del municipio de San Cristóbal, aprendió a hablar tzotzil desde pequeño, aunque lo hablaba con un acento bastante pronunciado. El día que yo lo conocí, jueves 22 de mayo de 1975, platicamos sobre su trabajo por algo más de media hora. Fue entonces cuando me dijo que ahora que los ladinos tenían que esforzarse por respetar los derechos de los indígenas, ya no se refería al proceso de contratar mano de obra como "enganchar" sino como "habilitar", y a los enganchadores ya se les conocía como "habilitadores."

Mientras charlábamos esa primera tarde, un chamula llegó a preguntar a don Tacho si estaba contratando, y éste le dijo en tzotzil que sí y que trajera su machete y morral al día siguiente, viernes. Luego Tacho me explicó que el viernes solamente habría una sesión de contratación y que en realidad los trabajadores no recibirían los anticipos ni saldrían para las fincas hasta el próximo martes. Sin embargo, dijo, para este primer encuentro les daría preferencia a los que estuvieran dispuestos a dejar su equipaje bajo su custodia desde el viernes hasta el martes. Según él, eso le daba cierta seguridad de que los hombres que había contratado regresarían después, ya que el genio de todos los indígenas era tratar de escapar de sus obligaciones. Esa fue mi introducción al proceso de habilitación.

El viernes llegué a la casa de Tacho como a las ocho y media de la mañana, y su esposa me condujo por el patio a una sala de adobe, oscura y con techo alto que olía a humedad, para esperar a su marido. Ya se habían congregado indígenas de diversos municipios, pero a ellos nadie les había invitado a entrar a la oficina, ni siquiera al patio. Por lo tanto, estaban sentados en la banquetta enfrente de la casa, al otro lado de la calle.

Un poco después de las nueve, Tacho se presentó, seguido de un grupo andrajoso de unos veinticinco hombres de diversos municipios tzotziles y tzeltales. Entró a la oficina, intercambió algunos chistes indecentes conmigo en tzotzil (que

sorprendieron y causaron hilaridad general), y después se sentó frente a un pequeño escritorio con una máquina de escribir portátil, dándole la espalda a una de las paredes más angostas de la oblonga habitación. Yo me acomodé en una silla a su izquierda, también detrás de la mesa. Como a dos metros a nuestra derecha había unos estantes a lo largo de la pared. Mientras nos acomodábamos, los indígenas estaban todos hechos bola frente a nosotros, cada uno tratando, aunque discretamente, de desplazar a los otros para ocupar una posición más ventajosa. A pesar de que no hubiera un ejemplo concreto en la grabación que demuestre a Tacho disciplinándolos, quedaba sobreentendido que no toleraría ninguna interacción o desorden entre ellos. Por medio de miradas feroces hacia aquellos que hablaban entre sí, así como por los chistes que contaba constantemente acerca de la persona con quien estaba tratando en ese momento, lograba ser el centro de atención de todo el mundo. Aún cuando escribía a máquina, deletreaba cada palabra en voz alta para que nadie se atreviera a llenar el vacío con conversación.

La primera parte del proceso de contratación consistía en preguntarle a cada uno su nombre, edad, municipio y paraje de origen, el nombre de su esposa (para que pudiera recibir dinero a cuenta del salario de su marido, mientras éste se encontraba en la finca), y si ya había trabajado o no en esta finca. Esta información se pasaba a máquina por triplicado en "tarjetas de contratación" —una copia para don Tacho, otra para la finca y una tercera para la oficina estatal del Departamento de Asuntos Indígenas (DAI). Después, Tacho le preguntaba a cada sujeto qué tanto quería de anticipo, y cuando el hombre no tenía un credencial del sindicato, llenaba a máquina una tarjeta provisional y le ponía la huella digital del interesado. [NB: Todavía existe, como en 1975, un sindicato moribundo de trabajadores indígenas, aunque sus funciones ya habían sido asumidas, desde entonces, por el DAI.] Según don Tacho, las fincas que representaba le informarían más o menos semanalmente de cuántos trabajadores necesitarían, y entonces él los contrataría y les daría anticipos. En esta ocasión, por ejemplo, iba a contratar a cuatro para la finca "Catarina," y diez para "Prusia" (aunque oficialmente sólo reportaría a nueve al gobierno ya que había quedado con uno de sus trabajadores de incluir a su hijo menor de edad.)

La grabación de la sesión de contratación dura un poco más de hora y media. Durante aproximadamente la mitad de ese tiempo los únicos sonidos son la máquina de escribir de don Tacho y su voz documentando lo que va escribiendo. La mayor parte del tiempo restante, se le oye haciendo preguntas imperiosas

relacionadas con los pasos de la contratación que se acaban de describir. Como su relación con los indígenas se pone en relieve en casi todos los segmentos de la conversación que no se limitaban a la rutina de repasar las preguntas formales relacionadas con la contratación, no fue necesario editar radicalmente la cinta para encontrar los ejemplos de dominación y humillación que se describen a continuación.

3.

Los hechos de que la sesión de contratación se celebró en su casa y de que él permaneció sentado mientras los indígenas se quedaban de pie simbolizaban el poder de don Tacho sobre sus clientes — su prerrogativa de decidir quiénes trabajarían y quiénes no. Esta relación de dominación se reflejaba también en sus demostraciones de relajamiento y cordialidad conmigo, mientras que los indígenas se mostraban nerviosos y hasta un poco asustados. No obstante, Tacho reiteró su dominio verbalmente con el primer indígena que se le presentó. Éste resultó ser un viejo cliente suyo de Chamula quien había traído consigo a tres hombres más jóvenes, de los cuales se presentaba como "padrino," o "fiador." Esta relación, me explicó Tacho en voz alta, reduce la costumbre indígena de robarse los anticipos. Si un trabajador nuevo huía sin trabajar, el fiador tendría que pagar el dinero que se le hubiera anticipado, o si no, tendría que indicarles a las autoridades indígenas donde vivía el escapado para que pudiera ser arrestado y obligado a pagar. Y mientras Tacho me explicaba esto, ya que la mayoría de los indígenas presentes entendían cuando menos algo de castellano, el presentar el sistema de fiadores desde este ángulo le permitió, al mismo tiempo que me lo explicaba a mí, humillarlos a ellos. (Quisiera dejar asentado que ésta no fue la única ocasión en que yo me sentí bastante incómodo cuando Tacho me hablaba. Muy a pesar mío, mi presencia le sirvió para tener un interlocutor a quien dirigirles sus observaciones. Como yo permanecí callado, los indígenas bien pudieron concluir que yo estaba de acuerdo con él, lo cual, temo, podía haber dado más peso a sus opiniones. Probablemente habría dicho prácticamente las mismas cosas si yo *no* hubiera estado presente, pero varias veces durante la sesión hubiera querido expresar mi desacuerdo, aclarando que yo no estaba asociado con Tacho ni estaba de acuerdo con él.)

Volviéndose otra vez al viejo, Tacho empezó a hacerle las preguntas de rigor. Pero cuándo llegó a la pregunta sobre el nombre de la esposa, en vez de

preguntársela directamente, dijo "*Mi oy amis?*" lo cual literalmente significa "¿Eres dueño de una vagina?" Esta "broma" es de la clase de insultos sexuales que intercambian muchachos adolescentes en tzotzil, y muy de vez en cuando hombres ya maduros. Sin embargo, en esta situación, solamente podía ser humillante, en primer lugar porque Tacho y su cliente no pertenecían a la misma clase, de modo que aquél no podía de ninguna manera replicar y defender su honor (generalmente el "deporte" de los insultos obscenos consiste en encontrar una respuesta cuando menos tan obscena como el ataque original y devolvérsela al atacante); y en segundo lugar porque resultó que entre los jóvenes a quienes el hombre estaba apadrinando se encontraban su hijo e hijo político, lo cual hizo la ofensa a él y su mujer todavía más hiriente.

El "diálogo" se desarrolló como vemos a continuación:

Tacho (que acababa de escribir a máquina el nombre al principio de la lista): *Jayib xak'an vot?*/"¿Cuánto quieres?" (Nota: He tratado de mantener las "peculiaridades" del tzotzil de Tacho. En general, su sintaxis era rudimentaria y no se daba por enterado de las oclusiones glotales.)

Indígena: *Juj?*

Tacho (impaciente, con un dejo de "ándale, ándale" en la voz): *Jayib xak'an?*/"¿Cuánto quieres?"

Indígena: *Tajk'an no'ox vo'obuk.*/"Quiero cinco nomás." (Habiendo entendido que la pregunta de Tacho significaba "¿Cuántas semanas de trabajo quieres?", respondió "Cinco.")

Tacho (en un tono extremadamente malhumorado e impaciente): *No: Jayib pexu xakan ta skotol, hombre?*/"No, ¿cuántos pesos quieres, hombre?"

Indígena: *Ah. Tajk'an sesenta.*/"Ah. Quiero sesenta." (O sea, en aquel entonces un anticipo de unos cinco dólares para su mujer antes de salir a la finca por cinco semanas...)

Tacho: "No, No, No. No se puede." (Su voz suena resignada a tener que pasarse toda la vida tratando con semejante avaricia. Nótese que la respuesta fue dada en castellano, no en tzotzil.)

Indígena: *Jayib chatoj?*/"Cuánto vas a pagar?"

Tacho: *Ja no:x cincuenta xakak nan.*/"Solo te daré cincuenta." (Ya está escribiendo a máquina otra vez cuando hace esta declaración.)

Indígena: *Cincuenta? Hnnn...* (mitad sin creerlo, mitad cuestionando. Tacho sigue escribiendo a máquina sin hacerle caso.)

En esta secuencia, Tacho mostró su superioridad al cliente haciéndole una pregunta a la cual aquél no podía responder por falta de información. Ta-

cho y la finca habían decidido que el anticipo para los chamulas iba a ser sólo cincuenta pesos (cuatro dólares), pero aun sabiendo eso había conseguido que el viejo se arriesgara a pedir más, lo que brindaba a Tacho la oportunidad de negárselo. La entrevista siguió:

Tacho: *Oy akredensyal?*/"Tienes una identificación del sindicato?"

Indígena: *Ch'abal ne'...*/"No..."

Tacho: *Tzako tal... te oy bikit kredensyal te ay ta...*/"Tráeme una... allí están las tarjetitas allí sobre..." (deja la ubicación sin definir, apuntando más o menos en dirección de los estantes contra una de las paredes.)

Indígena (quien va caminando en dirección de la pared, pero no ve las tarjetas).
Buy?/"¿Dónde?"

Tacho: *...sak kredensyal... Alem ta jech ta jech... olon boteya nomas.*/"Las tarjetas blancas... Allá, allá... debajo de la botella..." (en este momento, registra que el hombre acaba de preguntar "¿Dónde?" así que empieza a gritar:) *Ta yolon limeta, hombre, ta yolon limeta!*/"Debajo del frasco, hombre, debajo del frasco! (No solamente fue lento y vago el mandato original, sino hay que ver que las palabras claves —las palabras que daban la información esencial— fueron dichas en castellano.)

Indígena: *Li'e?*/"¿Aquí?"

Tacho: ¡Épale! (Todavía gritando. El indígena toma una tarjeta para él y se vuelve hacia el escritorio.)

Tacho: *Pero mauk no:x jun! Tzako tal yan!*/"Pero no nada más una, trae más!" (Ahora grita exasperadamente, como si su intención hubiera sido obvia desde un principio.)

Indígena: U-juu... (Asiente como si la intención de Tacho hubiera sido en verdad obvia y como si él admitiera su propia torpeza.)

En primer lugar, Tacho ha dicho justo lo necesario en sus órdenes para que el viejo se moviera en la dirección deseada, pero no lo suficiente para proporcionar instrucciones completas. Después, con el tono de voz y los gestos, "le echó la culpa" de la comunicación fallada al indígena. Este, en reacción, parecía agacharse un tanto para excusarse de ser tan torpe. En segundo lugar, aunque Tacho hablaba el tzotzil de corrido, no lo hablaba muy bien a menos que fueran obscenidades y mandatos sencillos. No solamente entreveraba palabras en castellano en sus frases "tzotziles," sino que pronunciaba mal muchas palabras. Estas

fallas contribuían a que sus intenciones no fueran muy claras: las palabras clave tardaban en salir, y en realidad más parecía que estuviera jugando al escondite presionando con "Ya estás más caliente" cuando el adversario se acerca al "blanco," que dando órdenes claras. Lo inadecuado de la comunicación consecuente se convirtió en excusa para que se impacientara con el viejo, y al mismo tiempo todos los indígenas quedaron bajo aviso que Tacho no iba a tolerar su estupidez tampoco.

La fase final del enganche de este primer cliente —a estas alturas completamente sumiso— consistió en la impresión de su huella digital en la tarjeta de identificación del sindicato. Tacho llevó esta acción a cabo carraspeando y escupiendo un poco de saliva sobre un pedazo de esponja de almohadilla para entintar y después, apoderándose de la mano del viejo, le restregó el pulgar en el escupitajo mientras les decía a los otros: "Esto se hace para que ustedes no se pierdan camino a la finca." Cuando terminó, el viejo se retiró muy serio hacia un lado de la habitación para esperar que se procesaran los que había traído consigo.

Al poner a su fiador "en su lugar," Tacho estableció simultáneamente su dominio sobre los otros tres chamulas. Los que siguieron, muy mansamente dijeron "cincuenta pesos" cuando se les preguntó cuánto dinero querían, y todos se sometieron humildemente a que les restregara el pulgar en la esponja para entintarlo al terminar el interrogatorio. La única nueva situación penosa se presentó cuando Tacho le preguntó al hijo político del primer chamula si su esposa (la hija de aquél) se portaba bien en la cama (literalmente, si despertaban las ganas de echársela), y después le preguntó si su suegro y cuñado eran buenos parientes políticos. Los que estaban observando, pero no directamente involucrados, soltaron una risita nerviosa —pero para mí que su risa se debía más a que Tacho obviamente esperaba que se rieran, a que la situación les pareciera chistosa. (Repasando esta parte de la cinta conmigo después, un amigo chamula me dijo "De veras Tacho es cruel (*Toj chopol sjol li Tachoe*), pero no hay de otra más que aguantar si quieres trabajar en las fincas.")

4.

El quinto indígena, de San Miguel Mitontic, participó en el siguiente diálogo:

Tacho: *Jayib xakan?!* "¿Cuánto quieres?"

Indígena: Cincuenta. (Habiendo aprendido, junto con los otros, de la humillación del primer chamula.)

Tacho (sigue escribiendo a máquina sin levantar la vista para ver al indígena): *Chaval cincuenta? Moj, xakakbe sesenta yun miguelero sesenta taxich. Mi oy akredensyal?/*
"¿Cincuenta dices? No, te voy a dar sesenta. Los migueleros reciben sesenta.
¿Tienes una identificación del sindicato?"

Indígena: *Oy./Tengo.*

Aquí Tacho se dirige a mí, y mientras los indígenas esperan, me explica por qué algunos reciben solamente cincuenta pesos mientras otros merecen sesenta. La diferencia, según él, se debe al carácter de la gente de cada municipio. Unos, como los migueleros, son buenos porque "se quedan en la finca," mientras que otros tienden a presentar un riesgo más grande porque huyen y regresan a sus hogares a la primera oportunidad. Esta explicación coincide con los estereotipos de los ladinos acerca de la gente de los diversos municipios —estereotipos que aunque deriven, con deformaciones, de las realidades de éstos, a la vez imponen a todos los indígenas imágenes específicas según sus pueblos que permitan al ladino pensar que, "como nadie," los entiende. Así es que a los chamulas, por ejemplo, se les considera atrasados pero buenos trabajadores —una imagen relacionada con el hecho de que Chamula es una comunidad sobrepoblada, pobre, y conservadora. De los migueleros, en cambio, se piensa que son pacíficos, diligentes, y aun mejores trabajadores que los chamulas —un reflejo del relativo aislamiento de influencias "modernizadoras" de Mitontic y de su gran pobreza (peor aún que la de Chamula.) En cambio, los oxchuqueros se tienen por aprovechadores, vivos y haraganes —quizás por el hecho de que muchos oxchuqueros han dejado su indumentaria tradicional para vestirse a la occidental; y de que la mayoría son bilingües, y un gran número de los jóvenes sabe leer y escribir. La única diferencia visible entre los migueleros y los otros indígenas presentes este día, sin embargo, era que mientras los otros vestían ropa caliente de lana y calzaban zapatos de hule o huaraches, los migueleros llevaban ropa tradicional de algodón —aun cuando era un día frío— y estaban descalzos.

Al establecer estas distinciones entre los indígenas, y explicármelas en voz alta en castellano, parecía que Tacho tenía dos propósitos. Primero, quería reforzar las diferencias que dividen a los diversos grupos municipales —en este caso, aparentemente sembrando envidia en las barreras de identidad étnica que los separan. (El miguelero, por ejemplo, aceptó el anticipo mayor con lo que a mí me pareció una inclinación de la cabeza un poco apenada.) Segundo, él —y todo el sistema de estereotipos— premiaba a los indígenas de los municipios con-

siderados "más conservadores," y por consiguiente castigaba a aquellos cuyos municipios se habían aculturado más y de quienes se esperaba que fueran más agresivos en la defensa de sus derechos. (Esta sanción ocurrió otra vez al final de la sesión de contratación, aunque en forma diferente.)

Regresando a la transcripción: todos los indígenas que siguieron notaron la discrepancia entre los montos anticipados a los chamulas y a los migueleros. Habiendo oído la tipología de los municipios según Tacho, el séptimo hombre, de Tenejapa (que Tacho caracterizó como un municipio "rebelde," y por ende "inferior"), conservadoramente pidió solamente los cincuenta pesos concedidos a los chamulas. Tacho respondió: "No. Cuarenta," y volviéndose hacia mí, me explicó en castellano que los tenejapanecos, como los de habla tzeltal en general, no son buenos trabajadores.

Para concluir con la pregunta falaz sobre los anticipos, el penúltimo hombre que se acercó a la mesa (el número doce) era un oxchuquero. Sin perder tiempo en hacerle la pregunta, Tacho le dijo que solamente podría recibir treinta pesos porque era de Oxchuc. Como si confirmara su afirmación anterior de que en su estimación todos los oxchuqueros son alborotadores, el hombre trató de discutir discretamente en castellano, insistiendo que él era tan buen trabajador como el que más, implorando que le otorgara cuando menos cuarenta. Tacho lo cortó en seco, diciéndole "Tómalo o déjalo." El hombre dejó de resistir. Por lo tanto, la pregunta de cuánto anticipo quería cada hombre no era de veras una pregunta. Más bien, era una treta por medio de la cual Tacho podía anunciarles a todos la relativa valía de los diferentes municipios, y burlarse del que se atreviera a pedir más del monto predeterminado.

Tanto los chistes obscenos como las órdenes y el uso de preguntas falaces fueron, a mi parecer, tácticas deliberadas de parte de Tacho para mostrar su desprecio por, y poder sobre, los indígenas que se presentaron ante él. El siguiente intercambio, sin embargo, nos muestra cómo la falta de sensibilidad de Tacho hacia el sentimiento de identidad de sus "clientes" lo llevaron a humillarlos casi "por casualidad." El hombre en este caso fue uno de los migueleros:

Tacho (leyendo el nombre escrito en una vieja ficha de finca que uno los clientes había presentado): "Vicente Hernández Díaz!"

Indígena (después de una larga pausa): *Ma'uk. Victorio Flores Díaz.*/"No. Victorio Flores Díaz."

Tacho: "Ah, Victorio..." (se da cuenta y titubea) "No. Vicente."

Indígena: *Ma'uk!* / "No." (hosco, insistente)

Tacho (gritando en un tono de voz repentinamente agresivo): *Vicente Hernández Díaz!*

Li ochem lie! / "Vicente Hernández Díaz! Así entró en el papel!"

Indígena: Pero... (Tacho lo interrumpe)

Tacho: *Mu xasok!* / No salgas con las tuyas!

Indígena (con resignación, sin energía para replicar): *Jech...* / Bueno...

Tacho (Sigue explicando, tratando de probar que tiene la razón mostrándome la tarjeta a mí): "¿Ve? Vicente Hernández Díaz dice aquí arribita."

Indígena (extrañadísimo): "Vicente Hernández Díaz...?" (En este momento, a Tacho lo distrajo una pregunta que le lanzó su esposa desde el patio. Cuando volvió a hacerle caso al indígena que tenía enfrente, ya estaba metiendo la tarjeta de contratación en la máquina de escribir.)

Tacho: "Bueno, Vicente Hernández Díaz..." (y empieza a escribir.)

Indígena (en tono humilde, para sí mismo): "Güeno..."

Tacho: "Claro."

Indígena (mientras Tacho repite el nombre en voz alta al escribirlo en máquina):
"Vicente Hernández Díaz..."

El papel del cual Tacho sacó el nombre era un recibo cancelado de la finca, presentado por el indígena como prueba de que había trabajado ahí antes y de que se podía confiar en él. Una de dos cosas pudo haber pasado. Que alguien hubiera traducido mal una forma tzotzilizada de Victórico — Vic — poniéndole Vicente, o que el pagador de la finca nada más viera una inicial o abreviatura y le completara un nombre. El error de los apellidos es más difícil de explicar, pero probablemente es también un error de confundir "Flores" con la abreviatura de "Hernández" ("Hdez.") Sea como sea, no podría ser muy importante para la documentación cambiarla ahora, y en cambio para el indígena retener su propio nombre claramente lo es. Sin embargo, la necesidad de Tacho de probar que él y todos los ladinos siempre tienen la razón hace que el indígena debe ceder.

5.

La última táctica que discutiremos es el cambio de lengua. Dos veces durante la hora y media que lo observé, Tacho cambió el idioma en que hablaba con su interlocutor, cada vez en un aparente esfuerzo por conducir la conversación por

un canal que él pudiera controlar. El primer cambio forzado es de tzotzil a castellano:

Indígena (con ambas manos sobre el escritorio, inclinándose hacia

Tacho y tratando de hablarle confidencialmente durante uno de los breves intervalos en que Tacho ponía en orden sus papeles): "Este... don Tacho... ¿Qué tal? Mi xapas pavor... Mi xatoj, eh... (confuso)... *ch'ayemun recibo...* / "¿Me haría un favor? ¿Me pagaría un... (confuso)... Se perdió mi recibo..." (A pesar de las palabras castellanas en este párrafo, la mayoría de las palabras son fórmulas sin sentido específico o palabras tomadas del tzotzil: el pasaje está en verdad en tzotzil.)

Tacho (en voz muy alta, aunque el indígena se hubiera inclinado hacia él tratando de hablarle en confidencia, casi cuchicheando): "¿Qué? ¿Cómo?" (todo en castellano.)

Indígena (cambiando al castellano ya que Tacho ha dejado muy claro que no le va a entender en tzotzil): "Me perdí un mi recibo cuando lleguemos, aa, aa, aa, en, aa Las Casas." (El indígena tartumudea, expresándose en castellano solamente con dificultad.)

Tacho: "¿Y cuánto es?"

Indígena: (hace ruiditos indicando que no entendió.)

Tacho: *Jayib tak'in?* / "Cuánto dinero?"

Indígena: "Se- se-seiscientos pesos." (Cincuenta dólares en 1975.)

Indígena (balbuceando, después de un largo silencio durante el cual

Tacho nada más se lo quedó mirando, midiendo): "Ya vino su mamá, no quiere venir otro..." (Otras voces intervienen por unos momentos.)

Tacho: "Pero ahora no podemos pagar, está *makal* el banco." ("Makal," "cerrado," es la única palabra en tzotzil en esta respuesta, y parece haberse incluido como un favor para asegurarse que la respuesta se entenderá con simpatía.)

Indígena: "¿No acepta?"

Tacho (exasperado): "¿Pero cómo consigo el dinero!? Ese es el asunto. Hay que sacarle del banco, ¿no sabéis? Ahí "stá la cosa."

La situación es la siguiente: El joven indígena ha regresado de una finca con el recibo de pago de un amigo, el cual le permite a la esposa o a la madre del trabajador acudir a la oficina del agente de la finca en San Cristóbal (o sea, don Tacho) para recibir parte de su salario para cubrir sus gastos de subsis-

tencia. El indígena pregunta si don Tacho pagaría el monto del recibo como un favor especial, aun cuando se haya perdido el pedazo de papel. Tacho lo entiende inmediatamente, y como está renuente a pagar, para evitarlo está buscando una escapatoria. (Me dijo después que los recibos de pago son un dolor de cabeza constante porque los indígenas siempre los tratan de cobrar dos veces, muy seguido contando historias como ésta. Si él pagara sin el recibo, y después se rehusara a pagar el recibo verdadero cuando se lo traigan para un (segundo) pago, lo podrían acusar ante el Departamento de Asuntos Indígenas por estafa. Por lo tanto, en lugar de pagar, está buscando una salida que no ofenda al peticionario, quien, de hecho, es uno de sus clientes.) Para ganar tiempo, finge no entender hasta que el indígena, muy incómodo, se ve forzado a repetir su petición en su mejor (pero de todos modos chapurreado) castellano. Tacho lleva las de ganar tan pronto como empiezan a hablar en castellano: simplemente puede hablar más que el indígena. Este fue el único episodio durante la hora y media en el cual Tacho se comunicó con uno de los indígenas totalmente en castellano.

El segundo cambio fue de castellano a tzotzil. Un indígena algo más bilingüe, vestido como ladino (aunque calzaba zapatos de hule y llevaba abrochado el botón superior de su camisa vieja sport —dos detalles que lo delataban a Tacho como "indio revestido"), entró justo cuando terminaba la sesión y pidió trabajo en castellano:

Indígena: "Buenos días, don Tacho."

Tacho (sigue escribiendo a máquina el último juego de tarjetas, sin darse por enterado del saludo. Finalmente responde): "¿Qué dices?"

Indígena (esforzándose para hablar español): "¿Hay finca para trabajar?"

Tacho: "No!" (cortante, terminante —sigue escribiendo, gritándole preguntas en tzotzil al indígena que está entrevistando. No le pone más atención al recién llegado, quien sigue esperando pacientemente.)

Indígena (después de una larga pausa, finalmente dándose por vencido): "Bueno, con permiso..."

Tacho (rápidamente): "Sólo tengo para "Catarina'." (vuelve a escribir a máquina)

Indígena: (Trata de preguntar algo más, pero el ruido de la máquina de escribir ahoga sus palabras. Tacho todavía no le presta atención, así que otra vez hace por irse:) "Con permiso."

Tacho (levanta la vista de la máquina mientras el hombre se dirige hacia la puerta): "¿Vos, cómo te llamas?"

Indígena (ve hacia atrás, perplejo): "Gómez Graciano..."

Tacho: *Mi oy kotemot la Katarina?* / "Has ido alguna vez a "Catarina'?" (Aquí Tacho cambia a su "medio tzotzil.")

Indígena: (Ruido de asentamiento, pero la respuesta no se entiende porque ya está demasiado lejos.)

Tacho: *Mi oy amamá, moj?* / "¿Tienes una mamacita o no?" (La palabra "mamá," que puede ser juguetona en castellano, suena burlona importada así al tzotzil.)

Indígena (apenado, pero clavado a su lugar junto a la puerta): *Ja', oy.* / "Sí, tengo."

Tacho (alegre, ya lo atrapó): *Mi lek jamal, moj?* / "¿Está bien abierta o no?"

Indígena: (Hace un ruidito.)

Tacho: *Mi smukul awat k'alal xkel awun awat, moj?* / "Se te para cuando te mira el pene, no?" (Risa tímida del resto de los trabajadores.)

Indígena: (Se va sin decir nada.)

La única ofensa que me parece que pudo haber cometido este hombre fue el haberse vestido como ladino y atrevido a iniciar la conversación en castellano: a Tacho le pareció presumido. Aunque, como hemos mencionado antes, otros indígenas hablaron en castellano, tuvieron cuidado de no hacerlo si Tacho había empezado en tzotzil. A mí me parece que la reacción de Tacho fue una manera de reiterar la regla: "Nosotros somos ladinos, ustedes indígenas: no violen nuestras prerrogativas." De nuevo vemos el uso de "bromas" para reforzar el mensaje. La respuesta del indígena —el silencio— fue la más digna dadas las circunstancias, pero ya que de todos modos se fue sin haber conseguido trabajo, puede decirse que perdió por su "presunción."

6.

La pregunta que quiero hacer es, ¿cómo se experimenta y se entiende este trato desde el lado indígena? La respuesta nos la proporcionaron los mismos clientes de Tacho cuando les platicué en el camión camino a las fincas el martes siguiente. Ellos mantenían la prudencia en esos encuentros, me dijeron, porque a pesar de sus insultos, Tacho controlaba algo que necesitaban: trabajo y una forma de ganarse la vida. Sin embargo, el fondo es otro. Empecé a ver por la forma en que hablaban de Tacho y otros como él, que le daban muy poca importancia a lo que pensara o hiciera en tanto que ellos obtuvieran lo que quisieran de la tran-

sacción —en este caso un trabajo, pero en otros atención médica, cobrar un cheque, o resolver un problema burocrático. Más que nada les molestaba que les hiciera perder tanto tiempo, y tener que participar en sus jueguitos. A la larga, no obstante, su defensa contra las pequeñas humillaciones de Tacho era que estaban convencidos que éstas no importaban porque Tacho no importaba. Lo que ladinos como Tacho logran como resultado de la estudiadas muestras de respeto que exigen en interacciones cara a cara, es que los indígenas dejan de verlos como personas para evitar sentir sus insultos personalmente. O sea, aunque puede no ser simétrica en la manera de manifestarse, la visión, deshumanizadora es, finalmente, mutua.